

— Completamente satisfecho — le contestó.

— En ese caso — advirtió el músico, — debemos virar en redondo y dar la vuelta á casa; porque el sol pica, la mar se enoja y el estómago desfallece.

— ¡Á tierra! — gritó Montero.

Giró el bote suavemente, volviendo la proa hacia la costa, y comenzó á navegar *derivando en popa*.

CAPITULO XI

TABLEAU

Entraron en el comedor Luis, Montero y el músico, dispuestos á hacerle los honores al desayuno con toda la efusión del más sincero apetito. Las ostras entreabiertas, como las puertas de las casas en día de motín, acababan de tomar posesión de la mesa, cubriendo el espacioso fondo de una bandeja, cuyos dibujos se escondían bajo las dobles conchas de los mariscos; sobre el aparador empinaban sus largos cuellos las botellas de vidrio obscuro y empolvado, dejando adivinar al olfato el suave perfume de los vinos exquisitos, mientras las copas de cristal reluciente, con las bocas de par en par, esperaban firmes en su puesto.

Semejante aspecto era el anuncio de un almuerzo óptimo, y los tres amigos saludaron respetuosamente, inclinándose con agasajadora cortesía delante de la mesa.

— ¡Calle! — exclamó el músico dando vueltas alrededor de las ostras. — Somos cuatro y hay cinco cubiertos.

Luis miró á Montero; pero éste se encogió de hombros, y el músico, dejándose llevar por las insinuaciones de su apetito, siguió diciendo:

— Señores, son las doce..., la señora tiene la buena costumbre de almorzar más temprano, y hemos sido muy descorteses haciéndole esperar tanto tiempo. Corramos, pues, á saludarla, á excusarnos y á traerla á la mesa.

La advertencia era oportuna, y la proposición fué ad-

mitida por unanimidad. Los tres se dirigieron al cuarto de la señora, cuya puerta encontraron cerrada.

— Me alegro — exclamó el músico; — este es el justo castigo de nuestra tardanza; cansada de esperarnos, ha reclinado la cabeza sobre el respaldo de la butaca y se ha dormido. Vamos á ver quién la despierta ahora.

— Yo, por mi parte — dijo el coronel — no incurriré en la grosería de interrumpir su sueño.

— Bien — añadió el músico; — aplazaremos el almuerzo para cuando se despierte.

Luis se acercó á la puerta y aplicó el oído á la cerradura, pero no oyó ruido ninguno. Entonces dió un ligero golpe con la mano sobre la puerta y nadie contestó. Alzó la voz, y dijo:

— ¡Madre!

Tampoco esta santa palabra obtuvo respuesta.

— Es curioso esto — añadió, quedándose pensativo. — No creo que esté durmiendo; mi madre no duerme más que de noche, y los criados han dicho que está en su cuarto.

Diciendo así, miraba alternativamente al coronel y al maestro, que á la vez contestaron, el músico arqueando las cejas y Montero encogiéndose de hombros.

— No comprendo su silencio, y no sé qué pensar... ¿La habrá ocurrido algo?.. ¿Se habrá puesto mala?.. Hay accidentes repentinos ..

Semejante suposición puso en alarma su pensamiento, y moviendo el botón que sujetaba la puerta, la abrió de improviso y entró; detrás de él penetraron el coronel y el músico.

Fácilmente comprenderemos que las mejores habitaciones de la casa se habrían destinado á hospedar á la madre de Luis. En efecto, ocupaba el ángulo derecho del edificio, donde tenía, aunque en miniatura, su gabinete, su tocador

y su dormitorio. El gabinete donde los tres amigos entraron se hallaba desierto.

— Hemos llegado tarde. Nuestra excelente amiga ha ido indudablemente á buscarnos al comedor, saliendo por la puerta de su dormitorio, mientras nosotros veníamos aquí por camino opuesto. No me parece justo hacerla esperar por segunda vez. Vamos, señores, á la mesa.

No bien acabó el maestro de pronunciar estas palabras, cuando la cortina que cubría la puerta de comunicación entre el tocador y el gabinete se levantó, dejando ver la noble figura de la madre de Luis, que se adelantó diciendo:

— Hoy todo sale á medida de mi deseo; llegan ustedes precisamente cuando yo iba á llamarlos, y esta circunstancia, que parece insignificante, tiene para mí aspecto de buen presagio. ¿No es verdad que hay días felices?

— Habló de esta manera, mostrando en sus ojos, grandes y negros, resplandores de impaciente alegría, y en su boca la sonrisa bondadosa con que frecuentemente animaba los severos rasgos de su semblante. Luis no había visto nunca á su madre tan gallarda y tan hermosa, y eso que para él era la mujer más hermosa y más gallarda de todas las mujeres, y se quedó contemplándola con orgullo, esperando saber cuál sería la causa de aquella íntima y secreta complacencia.

Al músico no le ocurrió nada que decir, y guardó silencio, y en cuanto á Montero, no hizo más que morderse imperceptiblemente los labios. Ella siguió diciendo:

— Señores, tengo un proyecto.

— ¡Bravo! — exclamó el músico. — Nosotros sólo contábamos con un almuerzo opíparo, y tenemos además un proyecto; no se puede pedir más.

— ¿De qué se trata? — preguntó Luis.

— Se trata de ti — le contestó su madre. — Va á pare-

certe muy raro lo que voy á decirte, y, sin embargo, es lo más natural del mundo. Eres mi hijo único, veo en ti la noble imagen de tu padre, su generosidad, su energía y sus hidalgos pensamientos; sé que nada en el mundo podría separarte de mí; pero mi cariño no es egoísta, y he pensado..

— ¿Qué? — preguntó Luis con ansiedad.

— Hijo mío..., he pensado casarte.

Esta palabra produjo tres efectos distintos: el maestro abrió desmesuradamente los ojos, como si hubiera oído estallar una nota desafinada; Luis se sonrió con incredulidad manifiesta, y Montero, dando media vuelta, se hizo á sí mismo tres gestos expresivos, guiñando primero un ojo, luego otro y torciendo después la boca.

— Te sonríes — añadió la madre, — como si no dieras crédito á mis palabras; pues bien, Luis, te aseguro que hablo formalmente.

— ¡Casarme!.. — exclamó Luis, pasando de la incredulidad al asombro. — Nunca hemos hablado de semejante cosa... Esto es para mí incomprensible.

— Alguna vez — replicó su madre — debíamos hablar de ello. ¿Piensas desobedecerme?

— No permita Dios que yo desobedezca nunca á la más generosa y á las más buena de las madres; pero eso es imposible.

— ¿Por qué?

— Porque sea quienquiera la mujer que usted me destine, yo no podré amarla..., usted no consentirá que la engañe fingiéndola un afecto que no siento, y ella, sea quienquiera, no aceptará la mano de un hombre, sabiendo que ese hombre no puede amarla.

— La mujer que Dios te destina, merece todo tu cariño; yo sé que te profesa un profundo afecto; ¿por qué, pues, no has de poder hacer su felicidad y la tuya?

Luis cogió la mano de su madre, y besándola con respeto, dijo:

— Porque hace dos años que llevo sobre mi corazón y en el fondo de mi alma el recuerdo siempre vivo de otra mujer, cuyo dulce nombre ha pronunciado usted muchas veces con respeto, con veneración y con ternura. Usted sabe que no la debo olvidar, y yo sé que no puedo olvidarla.

— ¡Bravo! — exclamó Montero sin poder contenerse. — Señora, el golpe es decisivo, y va usted á tener que batirse en retirada.

— Por mi parte — añadió el maestro — declaro que hace ya dos años que la señorita de Miramar es el objeto continuo de nuestras íntimas conversaciones. Cuando estamos solos, no se nos cae su nombre de la boca.

— Es terrible esto — dijo entonces la madre de Luis; — porque han de saber ustedes que he llevado la arrogancia de mi tiranía maternal hasta el punto de pedir formalmente la mano de la señorita que había elegido para mi hijo, y he aquí que, contando yo con la aquiescencia de Luis á mis deseos, perdóname, hijo mío, esta traición, he ido á su casa mientras ustedes estaban en la mar, la he traído aquí, y oculta en mi tocador he querido que oiga todo lo que acabamos de hablar.

— ¡Oh! — exclamó el músico, dándose una palmada en



Y salió al instante, trayendo de la mano á una hermosa joven

la frente. — Este es el quinto cubierto que yo he contado en la mesa.

— Es una ligereza imperdonable — siguió diciendo la madre de Luis, — que tú, hijo mío, enmendarás del mejor modo posible, estoy segura de ello.

Sin decir más palabra, entró en su tocador y salió al instante, trayendo de la mano á una hermosa joven, pálida por la emoción, que sonreía y lloraba á un mismo tiempo.

Al verla el músico, dió un paso atrás; Luis se sintió desfallecer, y Montero, restregándose las manos, dijo por lo bajo:

— *Tableau.*

— ¡Santo Dios! — exclamó el maestro. — O yo estoy loco, ó es la señorita de Miramar la que estamos viendo.

— ¡Margarita!.. — gritó Luis con voz ahogada.

Entonces ella le tendió la mano, diciéndole:

— Sí, Luis; Dios lo ha querido.

— Ya — dijo la madre de Luis — es preciso descubrirlo todo; no he sido en este asunto más que cómplice; el autor de la intriga ha sido Montero.

— Yo — replicó el coronel — no he hecho más que pagar una deuda sagrada; le debía tres veces la vida: era una *deuda del corazón* que debía pagar, y ya está pagada.

— Me confieso vencido — añadió el músico; — nuestro complot se reducía á sorprender al coronel con el retrato de su adorado tormento.

— Mi adorado tormento — replicó el coronel — era la señorita de Miramar.

— ¡Cómo! — exclamó el músico. — ¿La señorita de Miramar es la dama misteriosa del quiosco?.. ¿Es usted, señorita, la que ayer tarde nos hizo oír el *Stabat Mater*?

— Yo sería — contestó Margarita.

— ¡Oh! Esto es extraordinario, magnífico, supremo; esto llena la medida de mi entusiasmo y de mi asombro. Pero

entonces — añadió dirigiéndose á Luis, — ¿qué diablo de morena, robusta y mofletuda es la que ha visto usted esta mañana?

— Sería mi buena *Mari* — dijo Margarita.

— ¡Ah, *Mari!*, ¡pícara *Mari!* — siguió exclamando el músico; — si yo la hubiera visto, no se me habría escapado.

— Montero — preguntó la madre de Luis, — ¿será hora ya de que almorcemos?

Salió el coronel á pedir el almuerzo, y restregándose las manos de júbilo, iba diciendo para sí: «*Gran tableau, gran tableau.*»